ESPIRITU Y MENSAJE DEL PROTESTANTISMO

¿ERA NECESARIA LA REFORMA?

POR

JUAN TOMAS McNEILL

EDITORIAL "LA AURORA"
CORRIENTES 728 — Bs. AIRES

CASA UNIDA DE PUBLICACIONES
APARTADO 97 BIS - MEXICO, D. F.

INTRODUCCION

Por Samuel McCrea Cavert

Ha sonado la hora de una vigorosa reafirmación de los principios básicos de la Reforma protestante. Un motivo para ello es la superlativa importancia que hoy asumen la libertad y la democracia, que han estado asociadas históricamente en el mundo moderno con el espíritu protestante. Otro motivo es el actual desafío al protestantismo en los círculos católicos. La jerarquía católica romana de los Estados Unidos, por ejemplo, recientemente ha manifestado abiertamente que su iglesia debería tener derechos exclusivos a la actividad religiosa en la América Latina. Su punto de vista general parece ser que la política de "Buena Vecindad" exige el reconocimiento del catolicismo romano como el nexo para el mutuo entendimiento entre la América del Norte y las repúblicas del sur. Este es uno de los factores que impelen a los protestantes a reconsiderar su propia herencia espiritual, a adquirir una nueva comprensión de su significación en la época presente y a unirse para que esa significación pueda ser mejor apreciada.

Esta situación da actualidad a los capítulos de este volumen. Escritos por personas altamente capacitadas para ello, constituyen un conjunto de materiales que han de ser recibidos con gratitud por todos, debido a su relación inmediata con las actuales discusiones, así como por su valor intrínseco y permanente.

La palabra "protestante" infortunadamente suena a algo negativo. Pero el genio del protestantismo, como se demuestra amplia-

mente en esta obra es positivo y creativo. La Reforma no fué un mero episodio histórico; inició un proceso que aun continúa. Debería considerársela menos como una consumación que como un comienzo. Con su recuperación de aspectos vitales del evangelio cristiano, puso en libertad un nuevo espíritu que ha sido y es todavía un poderoso fermento no sólo en la iglesia, sino también en la sociedad en general. Los postulados centrales de la Reforma constituyen una parte permanente tanto del cristianismo vivo como de la herencia cultural del mundo occidental.

Al observador superficial, el protestantismo a menudo le parece un mero conglomerado de ideas y organizaciones diversas, sin un principio unificador y con poca cohesión. Sin embargo, el movimiento protestante, como fuerza histórica, se caracteriza por una auténtica unidad de espíritu, aunque se puede admitir francamente que el protestantismo ha estado tentado siempre a magnificar la libertad a expensas de la unidad. Lo contrario de lo que sucede con el catolicismo romano, cuya tendencia es magnificar la unidad a expensas de la libertad. Lo que más necesitan hoy los protestantes es una mayor comprensión de que en medio de su diversidad existe una unidad esencial y que poseen una común herencia en la cual deberían regocijarse todos por igual.

Interpretar esa herencia común es parte de la función de los capítulos que siguen. No estará de más, sin embargo, sugerir brevemente algunos de los conceptos básicos que dan unidad interna coherencia al protestantismo en general:

1. El protestantismo, en todas sus formas históricas, insiste en la posibilidad de una relación inmediata del hombre con Dios. Esa relación descansa sobre la gracia inmerecida de Dios, revelada a los hombres en Jesucristo y recibida por ellos mediante la fe en él. La reconciliación del hombre con Dios no es algo que el hombre inicia sino que acepta gozosamente como don gratuito de Dios.

2. El protestantismo, en sus diversas expresiones, sostiene que las Escrituras constituyen la norma decisiva de autoridad espiritual. Leídas con los ojos de la fe e iluminadas por la dirección del Espíritu Santo, ellas ofrecen al individuo cristiano un conocimiento salvador de Dios y de su voluntad para la vida humana.

3. Todos los protestantes concuerdan en que existe un sacerdocio universal de los creyentes. Puesto que todo cristiano puede recibir por la fe el don del amor redentor de Dios en Cristo, según lo manifiesta la Escritura, no está subordinado a ritos sacerdotales o eclesiásticos sino que puede ejercer el derecho y el deber del juicio privado. Esto implica un fuerte énfasis sobre el principio de individualidad.

4. Todos los protestantes acentúan la importancia de la libertad religiosa. Resisten a la coerción, sea ella del poder civil o eclesiástico, en asuntos de fe y práctica religiosa. Esto hace del protestantismo algo especialmente afín a la democracia, pues ambos requieren el libre asentimiento del individuo.

Otros dos puntos, menos conocidos, reclaman una atención especial:

1. El protestantismo tiende a la revaloración de la vida común y el trabajo. No reconoce una separación básica entre vocaciones "religiosas" y "seculares". Considera a todos los hombres igualmente llamados a servir a Dios en sus ocupaciones diarias, acentuando así el principio de la mayordomía cristiana en todas las vocaciones terrenales.

2. El protestantismo cree en la Iglesia. A menudo se le hace el cargo de que, exagerando el énfasis sobre el individuo, provoca una fragmentación tal que imposibilita toda doctrina referente a la iglesia. Es necesario reconocer que en este punto es donde los protestantes más han flaqueado. Ni el catolicismo ni el protestantismo han logrado jamás la perfecta síntesis de la libertad y la unidad. Pero el movimiento ecuménico de nuestros días es una clara indicación de que el protestantismo ha acariciado el ideal de *comunidad* tanto como el de *individualidad*. Si la nota de comunión universal de todo el pueblo de Cristo ha tardado en alcanzar una adecuada consistencia, podemos al menos regocijarnos por que ahora ha surgido ya claramente en la conciencia protestante. El protestantismo siempre permite la libre crítica de la iglesia a la luz de la revelación divina en Cristo, pero al mismo tiempo lucha por la realización de la comunidad cristiana como el cuerpo de Cristo en todo el mundo.

I

¿ERA NECESARIA LA REFORMA?

Por Juan Tomás McNeill

La Reforma fué una reacción hostil a la iglesia de fines del medioevo. Pero fué algo más que eso, y quizá ni fuera eso lo más importante. Pero sus dirigentes atacaron tan frecuentemente y tan sin reservas a la iglesia jerárquica, que no quedó duda alguna sobre su actitud contraria a ella. Ellos consideraban al papado como una colosal tergiversación de la religión de la cual pretendía ser el representante autorizado. Esta es la base de su propia defensa de la necesidad de la Reforma en que estaban empeñados.

Sus acusaciones específicas son demasiado numerosas para ser repetidas. Pueden ser clasificadas en varias categorías. Los reformadores negaban las pretensiones de la autoridad papal y jerárquica. Declaraban que la asunción del poder por los papas había sido una usurpación. Sujetaban a una drástica revisión las enseñanzas escolásticas, especialmente en lo concerniente a las doctrinas de la eucaristía, las Escrituras y la fe y las obras. Rechazaban como idolátricas gran parte de las prácticas rituales y ceremoniales. Y clamaban con toda la vehemencia de que eran capaces contra los numerosos abusos de la vida eclesiástica, que en los días de los papas del Renacimiento era notoriamente escandalosa. Junto con sus propias afirmaciones doctrinarias, su crítica del antiguo orden eclesiástico provocó una respuesta que había de dar por resultado la mayor alteración en la religión y la sociedad que haya producido jamás ninguna crisis histórica desde que Constantino estampó los símbolos cristianos en el estandarte imperial.

Nadie considera infalible a ninguno de los Reformadores. Aunque les reconocemos una mayor familiaridad con los detalles de la escena de la que nosotros podemos alcanzar, las investigaciones históricas nos capacitan para juzgar su época (si los prejuicios no nos ciegan) un tanto más filosóficamente de lo que ellos podían hacerlo. Nosotros tenemos —o deberíamos tener— un concepto algo más claro de las causas históricas de la Reforma y su ambiente, que el que podrían formarse aquellos abrumados y fatigados dirigentes de un movimiento de transformación mundial. Podemos reconocer las limitaciones de sus opiniones y las defectuosas interpretaciones que a veces daban a los motivos las ideas de sus adversarios. No podemos, por ejemplo, compartir todos sus juicios sobre los escritores escolásticos, cuyo sincero intento de construir un sistema razonado de pensamiento alrededor de los dogmas de la iglesia merecía un tratamiento más respetuoso que el que recibió de los fundadores del protestantismo. Ni podemos, como ellos, considerar el desarrollo medieval del papado, como un capítulo enteramente deplorable de la historia de Europa, salvados sus aspectos indeseables. Por otro lado, tampoco debemos dejarnos marear por los interesados elogios que la teocracia papal y la filosofía escolástica reciben en algunos sectores en nuestros días. El mundo se mueve, y esas cosas tuvieron ya su época. La iglesia nunca está tan equivocada como cuando se niega a cambiar.

Decadencia moral

Se dice que si los reformadores hubieran sido sinceros, debieran haber trabajado dentro del viejo orden, aplicándose a su purificación y regeneración internas; en tanto que, en realidad, fueron revolucionarios y cismáticos temerarios.[1] Tal opinión debe partir

[1] Por ejemplo, dice una reciente carta pastoral colectiva del episcopado católico romano de la Argentina: "El protestantismo procedió de la crítica de los abusos. Debió ayudar a corregirlos dentro de la unidad". "Compréndese bien así la actitud enérgica de la Iglesia frente a las religiones separadas de ella por la negación formal de la verdad y que, bajo el nombre de herejías o de cismas, son como jirones de la túnica de Cristo".

de la suposición de que la antigua iglesia es reformable sin experimentar alteraciones estructurales y doctrinarias. Yo no creo que podamos negar el carácter revolucionario de la Reforma. Sus patrocinantes la consideraban como una revolución contra un régimen intolerable. En la historia de los Estados pueden llegar momentos en que una revolución es la única forma de instaurar un gobierno decente, la única salvación política para un pueblo. En tales casos tenemos derecho a llamar a los jefes de la revolución patriotas y no traidores. ¿Es un caso semejante o no el de los reformadores? Ellos afirmaron constantemente y al unísono su amor a la iglesia. El único fin al que consagraron sus esfuerzos fué la restauración a la iglesia de su eficiencia espiritual. Es importante observar que no procuraban ganar conversos, uno por uno, para alguna secta, sino transformar la iglesia entera en cada comunidad. Eran "reformadores" de la iglesia, no meramente de los individuos o de la teología.

¿De modo, pues, que el deber de los que sinceramente deseaban una reforma era trabajar dentro del antiguo sistema? Recordemos que tal cosa no ha dejado de intentarse. Tan antiguas como la formación de la jerarquía eclesiástica han sido las tentativas para reformarla. Hombres enérgicos y piadosos se han ocupado de ello. Ha sido el tema perenne de discusión en sínodos diocesanos y provinciales y en concilios generales. La reforma de la disciplina se ha realizado mil veces... sobre el papel. La potencia inicial no fué bastante para poner en movimiento la máquina de la reforma, y la suma de todos esos esfuerzos fué el fracaso.

Durante mucho tiempo se había podido apreciar que la iglesia occidental estaba moralmente en decadencia. Es claro que la corrupción no era total. Cualquier época de la historia puede ser descripta con colores brillantes o tétricos, simplemente considerando uno solo de sus aspectos. Si en nuestro estudio de la época anterior a la Reforma sólo tomamos en cuenta las muestras del desarrollo de los conocimientos y la instrucción, la reforma de algunas órdenes monásticas, la fidelidad de unos pocos predicadores, el interés en la religión de parte de algunos de los humanistas del norte, el poder creador del arte del Renacimiento y el volumen creciente de litera-

tura piadosa para los laicos, comprenderemos que estaban en operación algunas fuerzas que permitían a los hombres abrigar esperanzas. Vengan en buena hora todas las pruebas que hubiere de algo bueno en aquella indócil generación; y reconocemos que los reformadores estuvieron generalmente inclinados a no tomar en consideración tales evidencias. Sin embargo, por lo que se refiere a la iglesia organizada, tales cosas eran en gran parte accidentales. Pretender que fueran expresiones características de la vida de la iglesia jerárquica es apartarse de la verdad de las cosas, y los historiadores modernos que se detienen en esos promisorios aspectos de la época como si ellos fueran suficiente prueba de que la Reforma era innecesaria e impía, se engañan a sí mismos y a sus lectores. La piedad del siglo XV no se concentraba donde se concentraba el poder de la iglesia. No era alimentada por la jerarquía ni inspirada por el ejemplo de la mayoría del clero, los monjes y los frailes. La personalidad religiosa más potente entre los frailes fué Savonarola, y él fué ahorcado y quemado.

Aquellos que, entre el clero y los laicos, deseaban el bien de la iglesia y de la sociedad cristiana en aquella época, se expresaban habitualmente llenos de alarma, exasperación o desesperación. No sé que ningún hombre de valor nos haya dejado algún testimonio de alabanza a los jefes de la iglesia de aquel tiempo. No haré hincapié en esto, porque los hombres buenos critican siempre a su generación. Simplemente señalo la singular unanimidad de todos los testigos en su condenación general y terminante. Las más vehementes invectivas de Lutero, Calvino, Tyndale y Knox no sobrepujaron a las severas acusaciones lanzadas contra la iglesia papal por hombres cuya ortodoxia medieval nadie discute, durante el siglo XV y principios del XVI. La crítica de los prerreformadores ortodoxos —no me refiero a piadosos heréticos como Wyclif y Hus— difería, sin embargo, de la de los reformadores en que los primeros, en general, querían enmendar y conservar el papado, mientras los últimos desesperaron de su redención, menospreciaron su autoridad y se lanzaron a la reforma de la iglesia sin aguardar al papado.

No emplearé el lenguaje de Lutero para describir la época anterior a la Reforma. Necesitamos ver esa época a través de los

ojos de quienes vivieron en aquellos días, mezclándose con los hombres y sus asuntos. Citaré sólo algunos de los juicios típicos emitidos por tales observadores.

Dionisio el Cartujo, fué un monje de la diócesis de Lieja, que murió en 1471. Pertenecía a una orden que gozaba de una reputación de singular piedad entre las numerosas organizaciones monásticas. Era un eminente teólogo y también viajero, y estuvo asociado con aquel gran defensor del poder papal, Nicolás de Cusa, después que éste abandonó el partido del concilio por el del papa. Entre sus muchos escritos hay un libro titulado *De la vida del clero*. En dicha obra fustiga a los obispos por la mundanalidad de su conducta, reconociendo sólo unas pocas excepciones. Dice que eran hombres dados a todos los pecados: bravucones, aduladores, lujuriosos, disolutos y avaros, que comerciaban con los destinos eclesiásticos y lucraban con negocios deshonestos. Presenta ejemplos de sus afirmaciones, mencionando nombres de tan infieles pastores y registrando sus diversas faltas y su asombrosa cantidad de hijos. A no ser que la iglesia tenga mejores obispos, no hay esperanza de reforma. El clero inferior imita el ejemplo de los prelados; se embriagan con frecuencia y son escandalosamente inmorales. Tales declaraciones relativas a los curas se encuentran frecuentemente. En el concilio de Basilea el obispo de Lübeck propuso la abolición de la regla del celibato, puesto que entre mil sacerdotes no había uno que guardara sus votos; indudablemente, una declaración exagerada. El concilio no adoptó ninguna resolución, pues se estaba aplicando multas a los obispos por permitir a los curas tener concubinas.

Otro cartujo —Jacobo de Jüterbock, profesor en Erfurt— escribió un tratado titulado *Sobre la negligencia de los prelados* (1449). Jacobo no abriga casi esperanza alguna. Las cosas han de ir de mal en peor hasta que Dios se digne intervenir. Es casi imposible esperar una reforma. El papa debería someterse a la decisión de un concilio reformador. Si el mismo San Pedro hubo de ser reprobado, ¿por qué no su sucesor? Este buen fraile está tratando de revivir el conciliarismo de la generación anterior. Los prelados italianos, dice, tiemblan ante la idea de un concilio general que no les perdonaría

sus vicios. Jacobo habla con idéntica severidad de los monjes y el clero.

Juan de Wesel (fallecido en 1479), un teólogo más valiente de Erfurt, que terminó por hacerse sospechoso de herejía, encontró la iglesia llena de impiedad, orgullo, frío ceremonialismo y vanas supersticiones. Se desató contra el tráfico de indulgencias. "Nuestras almas perecerán de hambre", exclama, a no ser que sea quebrantado "el yugo de nuestra cautividad babilónica". En su libro titulado *La autoridad, función y poder de los pastores* amonesta a los obispos y al papa, acusándolos de vanagloria, ambición y amor al dinero.

En Inglaterra se hacían las mismas críticas. Tomás Gascoigne, canciller de la universidad de Oxford escribió, alrededor de 1450, *El libro de las verdades* en el cual, en medio de frecuentes expresiones de pena e impaciencia, da muchos ejemplos de la asombrosa venalidad y descuido de sus deberes por parte de los papas de Roma, los cardenales y el clero, y los obispos y abades ingleses. Incluye entre los "siete ríos de Babilonia", que contaminan a la iglesia, los abusos relacionados con la absolución, las indulgencias y las dispensas. Se detiene en la rapacidad de los monjes que se apropiaban de las iglesias parroquiales, arrebataban los ingresos y obligaban a los pobres vicarios a no pedir aumento de sus magros salarios. "En ciertos lugares", observa,

> virtualmente todos los monjes son grandes mercaderes y depositan grandes riquezas privadas en manos de los laicos... ¡Oh, cuánto bien haría un buen papa si enviara un buen legado —uno que no ansiara beneficios sino la salvación de las almas— con suficiente autoridad para reformar las iglesias y los reinos!

Una generación más tarde el clero se hacía acreedor a acusaciones más graves. Escribiendo en 1485 (cuando Lutero estaba aprendiendo a caminar), Juan Trithemius, abad de Spannheim, dice que el clero es reclutado entre hombres que no tienen ni conocimientos ni conciencia; que se ocupan más de engendrar hijos que de comprar libros, adictos a la bebida y al juego, y desprovistos de todo temor de Dios. En Italia no son menos comunes las acu-

saciones de incapacidad, inmoralidad y egoísmo. A veces los críticos reconocen el hecho de que la cultura clásica puede acompañar a la irresponsabilidad eclesiástica y la ignorancia de las Escrituras cristianas.

"Cuando pienso en los sacerdotes", declara Savonarola, "me dan ganas de llorar... Un terrible castigo les aguarda". En Roma el clero se burla de Cristo. Trafican con los sacramentos. Los beneficios se venden al mejor postor. En un sermón de cuaresma, en 1497, el celoso dominico, con la elocuencia de la indignación, fustiga a los sacerdotes de Italia, que se han apartado de Dios, menosprecian las Escrituras, son unos libertinos y ya ni siquiera dicen que sus hijos son sobrinos suyos cuando les buscan algún oficio clerical. "¡Oh, iglesia prostituta", dice este intrépido acusador, "has desparramado tu inmundicia por el mundo entero y hiedes al cielo!" El cree, sin embargo, que los santos han de interceder y que Cristo tiene seguidores en Alemania, Francia y España que, respondiendo a su llamado, infundirán nueva vida al cadáver de la iglesia. como lo hizo el Señor con Lázaro

La codicia es un pecado antiguo

Nótese que las acusaciones lanzadas por aquellos censores contra sus equivocados hermanos del clero implican que el sistema eclesiástico se había comercializado. Max Weber sostenía, con no mucha razón, que el espíritu del capitalismo nació con el protestantismo, y al parecer algunos han deducido de ello que la Reforma dió nacimiento también al espíritu de codicia. Pero la codicia nos ha acompañado desde los mismos comienzos de la historia humana; de lo cual son notables ejemplos las vidas de los obispos, cardenales y papas de la época de los Borgia y los Médici, quienes dotados de una mentalidad mercantil, llevaron abiertamente al campo de las cosas eclesiásticas los procedimientos comerciales y traficaron al por mayor con las dignidades eclesiásticas. Este mal, ciertamente, no era nuevo. Nunca ha estado enteramente ausente de la iglesia, desde que fué condenado por primera vez en Simón el Mago. Pero el desarrollo del comercio y la vida económica hizo que abundara. La iglesia comprendió el peligro. Tres siglos antes, San Francisco de

Así, abrazando la pobreza, había encabezado una reacción religiosa contra los ideales comerciales de la clase mercantil representada por su propio padre. Esto había sucedido al principio del auge de los negocios. El comercio y la banca habían alcanzado una etapa mucho más avanzada de desarrollo cuando los nuevos mercados del renacimiento proporcionaron nuevo incentivo y oportunidad a similares intentos. La iglesia se había acostumbrado a suponer que todos los hombres eran clérigos, labradores o guerreros, y no había tomado en cuenta plenamente el creciente desarrollo de la burguesía ni establecido normas morales precisas para los negocios. Era impotente para resistir las incursiones del mercantilismo. El sucesor de Pedro no podía ya decir a Simón: "¡Tu dinero perezca contigo!" Lejos de ello, él mismo era un simoníaco. El dinero era el pasaporte para el progreso y la riqueza el precio de las dignidades. Desvergonzadamente se compraban los obispados y arzobispados, el cardenalato y el papado. Los oficios eclesiásticos menores estaban igualmente sujetos a la simonía. Era algo excepcional que se hiciera algún nombramiento clerical sin que los que lo hacían obtuvieran algún provecho.

No es fácil ni necesario culpar a determinados individuos por esa violación universal de la ley canónica. Los hombres procedían según las normas del ambiente, sin muchos remordimientos de conciencia. Pero la significación de esa situación para nuestra pregunta —"¿Era necesaria la Reforma?"— es innegable. Un fatal encadenamiento de males pesaba sobre el clero. Este hecho también era reconocido entonces. Había sido señalado, por ejemplo, un siglo antes de la Reforma, por Mateo de Cracovia, obispo de Worms, en un libro sobre *La inmundicia de la curia romana (De squaloribus Romana Curiæ)*. La simonía en los nombramientos del clero, dice este escritor, "es el principal obstáculo para la promoción de los hombres capaces y honorables." Pues tales hombres no se rebajan a tales medios. Los que son admitidos son en muchos casos "de vida relajada y escandalosa." Muchas otras declaraciones semejantes de la época indican que entre los partidarios de una reforma cundía el temor de que el sacerdocio, habiendo caído en manos de mercaderes sin escrúpulos, hubiera de quedar a merced de sus inescrupulosos

sucesores. La sucesión apostólica había cedido el paso a la sucesión simoníaca, que, al parecer, no podría ser conmovida sino por una suerte de terremoto eclesiástico. "La llaga era demasiado profunda", dice el historiador del papado, Ludovico Pastor.

Confirmado este abuso al parecer incurable, se desarrollaba paralelamente el nepotismo —la preferencia de los parientes y favoritos de aquellos que podían conceder prebendas. A todos les gusta poder ayudar a sus parientes pobres. La tentación que asaltaba a los prelados era la de emplear las rentas eclesiásticas para satisfacer los apetitos, a menudo desordenados, de los suyos. Era ésta una práctica extendida entre el clero y común entre los cardenales. Algunos de los papas se contaron entre los más culpables. Una considerable proporción del clero se reclutaba entre la grey de hambrientos aspirantes al favor de los prelados, consistente en sus hijos o parientes o en personas que tenían derechos especiales por haberles prestado algún servicio.

El tráfico de indulgencias estaba en consonancia con la aceptación general de las transacciones comerciales en el campo de las funciones espirituales. Fué un lento desarrollo de las nociones de mérito y satisfacción relacionadas con la penitencia. Las indulgencias, o exención de la penitencia, a penas si eran consideradas entonces como un factor en la cura de almas; eran apreciadas como un medio para aumentar los ingresos del papado. Eran vendidas por agentes viajeros del papa, a menudo con la ayuda de intermediarios. El Príncipe Alberto de Brandenburgo, aunque no había alcanzado la edad canónica, adquirió las importantes sedes de Magdeburgo, Halberstadt y Maguncia, obteniendo por una gran suma una dispensa de León X. Para realizar el negocio contrajo una pesada deuda con la casa de banca de los Fugger, para el pago de la cual, el simoníaco príncipe-arzobispo realizó un acuerdo con la curia mediante el cual se emprendió una gran venta de indulgencias en Alemania. Se anunció que los fondos colectados serían enviados al papa para sus construcciones; pero en realidad, la mitad de las entradas estaban destinadas de antemano a reembolsar a los Fugger, cuya agente atendía la recaudación de los fondos una vez que el dominico Tetzel, un vendedor de voz estentórea, había atraído a los

clientes con sus asombrosas declaraciones. La iglesia oficial estaba tan implicada en ese infortunado negocio con los banqueros y el prelado, que se veía imposibilitada de imponer ninguna restricción moral o teológica a la propaganda de Tetzel. El caso es notorio debido a la protesta de Lutero, pero no es en ninguna manera único. Esta cuestión de las indulgencias se había convertido en un abuso inveterado que florecía sin restricciones en los días anteriores a la Reforma.

El papado rechaza la reforma conciliar

Pero se podría decir: Esos males eran antiguos, y la iglesia había sobrevivido. ¿Por qué valerse ahora de ellos para provocar una separación? El hecho de que las condiciones reinantes fueran de antigua data puede ser tomado como argumento en favor de una reforma en el siglo XIV más bien que en contra de la del siglo XVI. Me he referido ya a los anteriores esfuerzos reformistas. Aparte de los movimientos sectarios, el mayor de ellos fué la tentativa de reforma conciliar. El fin primordial de los miembros del concilio era transformar la estructura del gobierno de la iglesia. Intentaron francamente reducir la monarquía absoluta del papa a una monarquía limitada. La autoridad suprema habría de investirla un concilio general representativo. El movimiento se desarrolló bajo la dirección de eruditos universitarios durante el período del cisma papal. La iglesia estaba dividida entre papas contendientes, y el Concilio de Constanza (1414-18) realizó la difícil tarea de reunir a las partes. Este gran parlamento de la iglesia medieval formuló en términos enérgicos el principio conciliar: El papa debía estar sujeto al concilio general representativo, que debía ser convocado cada diez años. Uno de los lemas del partido conciliar era: "reforma de la iglesia en la cabeza y en los miembros." Antes de clausurar sus sesiones, el concilio redactó un programa bastante extenso de reformas destinadas a curar los abusos prevalecientes y restaurar la disciplina. Pero al unificar el papado en la persona de Martín V, involuntariamente dió a éste y sus sucesores una nueva oportunidad para afirmar el poder monárquico, que ellos aprovecharon con entusiasmo. Los papas se opusieron decididamente al plan de gobierno del concilio.

Era su pesadilla. El concilio de Basilea, en 1430, refirmó en términos elevados la declaración del de Constanza, pero fué derrotado por el papa Eugenio IV y por la propia falta de dirección sabia del concilio. Pío II execró la doctrina conciliar (1459), y todo el que levantara la voz en apoyo de esas ideas era señalado como enemigo del papado. Sin embargo, el sueño medieval de un sistema representativo de gobierno eclesiástico no se desvaneció del todo. Muchas víctimas del mal gobierno eclesiástico veían que la principal, si no la única esperanza de enmienda estaba en la posibilidad de una nueva serie de concilios generales. La reforma conciliar siguió siendo el tema de una cantidad de escritos de propaganda. En el último año de su vida, Savonarola lanzó un llamamiento a los príncipes de Europa para que convocaran un concilio a fin de castigar a Alejandro VI. Es difícil ver de qué otro modo hubiera podido emprenderse una reforma general. Aun en vísperas de la Reforma quedaban todavía unos pocos partidarios a ultranza de los concilios. Pero Julio II les dió motivos suficientes para desanimarse. Bajo la presión de Francia, Julio convocó un concilio —el Quinto Concilio Lateranense —en 1512. Los concilios celebrados anteriormente para reformar el papado no se habían reunido en Roma, sino en Pisa, Constanza y Basilea. Julio y León X mantuvieron el dominio del Concilio Lateranense, y aunque sus sesiones abarcaron un período de cinco años no realizó ninguna reforma seria. Pocos meses después de su clausura, en 1517, Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en Wittenberg.

La condición moral del papado en el siglo xv es bien conocida y ya casi no se la discute. El papado estaba sujeto a fuerzas políticas; pero, como lo señala Burckhardt, su mayor peligro a fines del siglo consistía en el carácter de los mismos papas. Si esa época se hubiera visto favorecida con una serie de papas piadosos o al menos espiritual y moralmente competentes, toda la situación hubiera sido otra. Entre 1294 y 1566 Roma no tuvo ningún pontífice que luego haya sido canonizado. Las vidas de una cantidad de los papas del Renacimiento eran aborrecibles a los piadosos, y esa situación no cambió hasta que los reformadores hubieron asestado sus vacilantes golpes. En sus esfuerzos para enfrentar al creciente

poderío de los gobiernos seculares, el papado tomó más y más el carácter de un estado secular. Tenía posesiones territoriales, hacía y deshacía alianzas y se lanzaba a la guerra, y éstas y otras cuestiones parecidas constituían su principal preocupación. Maquiavelo lo juzga francamente de acuerdo con el éxito o el fracaso de su aplicación de los métodos políticos. Y él pudo basar su juicio en el hecho de que concuerda con los manifiestos motivos de pontífices tales como Alejandro VI y Julio II, en cuyos días vivió y escribió.

El siglo XIII no fué un milenario

Es verdad que no había sido retirada la antigua afirmación de derecho divino —poder absoluto *(plenitudo potestatis)*— tanto en los asuntos temporales como en los espirituales. Los papas de épocas anteriores habían asumido un papel más pretencioso, quizá, que el de cualquier otra serie de gobernantes en la historia del mundo. No es sorprendente, pues, que los posteriores se resistieran a dejarse humillar por los concilios, ya que seguían considerándose como los depositarios de un poder ilimitado de origen divino. Pero no podían evitar que las circunstancias desmintieran sus pretensiones. En realidad, su poder siempre había sido inferior a lo que ellos hubieran querido. Los papas que manifestaron mayores pretensiones (los Inocencios y Gregorios del siglo XIII), fueron incapaces de dominar las fuerzas turbulentas del mundo. No hubo una era de verdadera unificación social y política bajo los papas. No hubo un solo período de tranquilidad y paz europea bajo el dominio papal, ni en el siglo XIII ni nunca. Cuando hablamos de la Guerra de los Cien Años, que terminó a mediados del siglo XV, debemos recordar que todos los años de ese período de la historia fueron años de guerra. Desde Bonifacio VIII en el 1300 hasta Alejandro VI en el 1500, siempre hubo guerra en alguna región considerable de Europa. Pero ahora la pretensión de dominio universal parecía cada vez más irreal. Los papas no lograban hacerse obedecer por los gobiernos; cuando mucho, podían hacer concordatos con ellos, mediante los cuales compartían el poder. En medio del perpetuo juego de la diplomacia, interrumpido por momentos de desafío mutuo, esos pactos eran

violados y alterados frecuentemente. Los papas no eran hombres de visión para la iglesia o para la sociedad. Salvo una débil tentativa para revivir las cruzadas contra los turcos, no hicieron nada para despertar lealtad a alguna gran causa ni ofrecieron a su generación ninguna idea superior que pudiera producir asombro y consagración. Si algo causaba asombro era la magnitud de sus errores.

Es justicia agregar aquí que los papas del Renacimiento eran moralmente hombres del tipo común en las clases privilegiadas de la Italia de sus días. El renacimiento italiano estuvo impregnado de una extraña indiferencia moral. O, mejor dicho, incapacidad moral. Un ingenio escocés dijo del cardenal Beaton, el perseguidor del protestante Wishart, que sabía tanto de teología "como un ciego de la luna", comparación que podría aplicarse a muchos de los más preclaros italianos de aquella época cuando buscamos en ellos pruebas de su conciencia moral. No pocos hombres de fina sensibilidad artística o literaria eran moralmente ineptos u obtusos. Algunos de ellos eran camorristas callejeros o libertinos cuya conducta personal y social nunca parece haber sido perturbada por las amonestaciones de su conciencia. La impavidez (salvo cuando relatan sus propias contrariedades) con que escritores como Platina, Infessura, Burchardus y Maquiavelo nos muestran a los papas entregados a la guerra y la diplomacia, y registran las enormidades de sus vidas, refleja la extendida carencia de juicio moral. Aunque no universal, esta condición es característica de la sociedad italiana que rodeaba al papado, y, si bien no puede ser satisfactoriamente explicada, puede ayudar a explicar la conducta irresponsable de los papas. Estos no temían a la indignación pública o la reprobación privada, porque no las encontraban. No había un Natán que se enfrentara con David para echarle en cara su pecado. En Roma nadie censuraba a los papas invocando elevados principios morales o religiosos. Las voces de censura parecían débiles y lejanas.

Cuando, en 1450, Gascoigne escribió, como ya lo hemos mencionado: "¡Oh cuánto bien podría hacer un buen papa!", el papa reinante era Nicolás V, el menos malo de la serie, pero desprovisto de celo por nada que no fueran los libros. Su sucesor, Calixto III (Alfonso Borgia), nombró en un día cardenales a dos de

sus sobrinos. Uno de ellos, Rodrigo Borgia, habría de ser cuarenta años más tarde el papa Alejandro VI. Pío II fué un humanista de moral acomodaticia, que trató en vano de organizar una cruzada. Pablo II es descripto por Platina, que fué torturado en sus prisiones, como un tirano cruel. No hay duda en cuanto a su amor a la buena mesa y a las joyas y a las procesiones, en las que se destacaba su elevada estatura. Violó la promesa que hiciera en su elección, de convocar un concilio reformador, pero evitó la simonía y el nepotismo en sus nombramientos. Sixto IV, de la familia Rovere, un docto franciscano, nombró cardenales a sus sobrinos Pedro Riario, un notorio derrochador, aventurero y jugador, y Julián della Rovere, que más tarde sería el papa Julio II. Inocencio VIII dedicó sus esfuerzos principalmente a cuidar de sus numerosos hijos. Creó centenares de nuevos cargos, con el objeto de venderlos.

Con Alejandro VI (1492-1503) se alcanzó el nadir de la degradación moral. Ganó la elección papal sobornando pródigamente a los cardenales influyentes. Vendió doce capelos cardenalicios por diez mil florines cada uno. Amó a sus bellos e infames hijos e hija. Uno de sus hijos, César, conquistó cierto ascendiente sobre su padre y se hizo famoso por sus crímenes, sus conquistas y sus traiciones. Alejandro se regodeaba en medio de escenas de esplendor, indecentes festividades e infamias que atestiguan un completo abandono de todo ideal moral y espiritual. Hilaire Belloc, que disimula las faltas y exalta las virtudes de otros papas, dice de éste que su conducta "sacudió el edificio del prestigio papal" y que sus once años de pontificado "fueron de efectos lamentables y permanentes". Nos hemos referido ya al hablar de los concilios, a la incapacidad de Julio II para afrontar la necesidad de una reforma. No deja de ser significativo que Alejandro y Julio llevaran, como papas, los nombres de los conquistadores macedonio y romano, respectivamente. Julio ha sido llamado "el pontífice terrible" por su confianza en la espada. Tenía muchas otras fallas; pero se "consagró", dice Ranke, "a la gratificación de ese innato amor a la guerra y la conquista que fué indudablemente la pasión dominante de su vida". Después de él, León X (1513-21), hijo de Lorenzo de Mé-

dici, "disfrutó del papado" sin cuidarse de reformarlo, y promovió a los miembros de la familia Médici. Uno de sus sobrinos, aunque la ilegitimidad de su nacimiento lo inhabilitaba para recibir las sagradas órdenes, llegó a ser el papa Clemente VII. Pero los sucesores de León ya están dentro de la era de la Reforma.

Antes de la aparición del protestantismo no había verdadera esperanza de regeneración para la iglesia occidental. Los hombres decentes la habían esperado, en vano entre una y otra elección papal. Las puertas que conducían a la reforma estaban guardadas por los eclesiásticos de carrera, que vivían y medraban a costa de la degradación de la iglesia. Los que deseaban una reforma se sentían defraudados y perplejos y a punto de desanimarse. Se realizaban los servicios y se mantenían las procesiones y el aparato del clero, pero la vitalidad espiritual era tan baja que hacía aparecer esas cosas como irreales. Se sentía como una atmósfera de pesantez general. "¡Oh, curas y frailes", clamaba Savonarola en 1497, "vosotros cuyo mal ejemplo ha sepultado a este pueblo en el sepulcro del ceremonial, yo os digo que este sepulcro se ha de abrir, porque Cristo resucitará a su Iglesia en su espíritu". Egidio de Viterbo, general de los agustinos, pronunció el siguiénte apóstrofe dirigido a Cristo, en la apertura del Concilio Lateranense, en 1512: "¡Oye... en qué hondo mar de pecados ha caído la Iglesia que tú fundaste con tu sangre". Su oración por que el Concilio redundara para "la sanidad de toda la cristiandad" quedó sin respuesta. En el mismo año Lefèvre d'Etaples dijo al joven Farel: "La iglesia ha de ser renovada, y tú vivirás para verlo". "Indudablemente", escribía un observador muy distinto, Maquiavelo, "sobre la iglesia pende o la ruina o un azote". Cuando la venta de indulgencias estaba en pleno auge en Alemania, en 1517, Erasmo escribió a su amigo Juan Colet: "La corte de Roma ha perdido todo sentido de vergüenza". Durante esos años, agitadores apocalípticos recorrían el norte de Italia, profiriendo gritos de alarma. La extraña manía que se llamó "danza de la muerte" era otra reacción popular a la confusión y el desgobierno de la religión. Muchas eran las señales que indicaban que había llegado la hora de un cambio. Era el final de una era.

La Reforma provocó la contrarreforma católica

La vuelta a la seriedad moral en el papado comenzó con Pablo III y su comisión de nuevos cardenales, nombrada para informar sobre la situación reinante y proponer reformas. El informe que presentaron (*Sugestiones para la reforma de la iglesia*, 1537) indica claramente que no se había hecho aún nada substancial para terminar con los abusos. Algunos defensores modernos del papado han adoptado lo que en esencia es el cínico argumento del personaje judío de Bocaccio. El papado, dicen, debe haber tenido el apoyo divino; de otro modo, hubiera sucumbido por sus abominaciones. Pero si fué de Dios que recibió un nuevo hálito de vida, seguramente para su restauración se empleó una agencia secundaria. No cabe duda de que el nuevo espíritu de gravedad y responsabilidad que hizo posible la contrarreforma, fué, al menos en gran parte, una respuesta a la Reforma. Tenía razón Burckhardt: "La salvación moral del papado se debió a sus enemigos mortales".

Al principio de este ensayo llamé vuestra atención a algunos de los aspectos más favorables de la época de la reforma. El profesor Brunner insiste en que la Iglesia no es una institución, sino que *tiene* una institución. Y es un hecho que ningún desorden de la institución puede destruir al cristianismo mismo. Para destruirlo habría que eliminar hasta sus últimos vestigios. En el 1500 había todavía bastante cristianismo como para que un reformador pudiera aprovecharlo si conseguía hacerse oír. Para apreciar este hecho deberíamos dirigir nuestra atención hacia algunos de los confusos rebaños de heréticos perseguidos por la Inquisición. Deberíamos ver los servicios prácticos a sus semejantes que prestaban los hombres de la Nueva Devoción en los Países Bajos. Tendríamos que observar los esfuerzos para reformar a los agustinos y la constante fidelidad de la pequeña orden de los cartujos, que tan a menudo era señalada como la excepción a la laxitud general del monasticismo. Tendríamos que estudiar la obra de pastores y predicadores distinguidos por su fidelidad, tales como Juan Geiler de Kaisersberg (m. 1510), quien durante muchos años ejerció su fecundo pastorado en Es-

trasburgo. Tendríamos que leer los sermones de Juan Colet, el *Enchiridion* de Erasmo, y su Introducción al texto del Nuevo Testamento. Tendríamos que investigar la vida religiosa familiar, donde, al menos en algunos casos, tenemos evidencias de una cuidadosa instrucción sobre los documentos elementales, como el Credo, el Padrenuestro y los Diez Mandamientos. Tendríamos que examinar algunas de las cartillas de instrucción y libros de devoción que tuvieron una apreciable difusión entre el pueblo laico en los comienzos de la era de la imprenta. Tendríamos que reconocer que la posesión de traducciones vernáculas de las Escrituras, por defectuosas que hayan sido, por parte de los miembros de algunas tenaces y activas sectas, tales como los lolardos y los valdenses, era demostración de un profundo y extendido anhelo de tener acceso a la Biblia en el habla popular. Poco estimulaban los eclesiásticos las esperanzas de los laicos en el sentido de que se les permitiera leer las Escrituras por sí mismos. A este respecto la actitud del clero era diametralmente opuesta a la de los Padres de la Iglesia, que habían estimulado la libre lectura de los libros sagrados por los laicos. Debe recordarse, sin embargo, que la iglesia medieval no repudió nunca la autoridad de las Escrituras. Y apelando a esa autoridad, que todos los cristianos reconocían, fué cómo los reformadores, una vez decididos a desafiar la oposición jerárquica a la reforma, pudieron eludirla y llegar hasta los oídos dispuestos a escuchar del pueblo. También es importante que los humanistas del norte fueron quienes les proporcionaron los instrumentos y la técnica para el estudio bíblico.

En cuanto a la teología, no estaba muy segura de sí misma ni en condiciones de hacer una defensa decidida de la ortodoxia tradicional en que se basa la doctrina de las obras y los méritos. Tomás de Aquino fué un pensador de tal envergadura que su obra tiene valor permanente en todos los siglos siguientes. Pero en su propio siglo su sistema fué atacado. Pronto tuvo que ceder en gran parte a las enseñanzas bastante diferentes de Duns y más tarde a las de Ockam. Algunos intrépidos agustinos como Tomás Bradwardine y Gregorio de Rímini, prepararon la escena para el avivamiento del agustinianismo, que culminó con Lutero. Desde el punto de vista

teológico, pues, la situación no era muy firme y, en cierto modo, era auspiciosa para el énfasis protestante sobre la gracia y la fe.

Cuestiones como éstas merecen ser tomadas en cuenta cuidadosamente, pues que explican, en parte al menos, el hecho de que un esfuerzo intensivo para revivir a la iglesia, desafiando al papado, pudiera alcanzar resultados de importancia incalculable. Asimismo factores políticos —intereses nacionales y territoriales y cuestiones tributarias— influyeron mucho para condicionar el desarrollo de la Reforma que, aun cuando no fuera un movimiento nacionalista en sí, se amoldó a las circunstancias creadas por los estados nacionales y subnacionales.

Pero la declaración de que los reformadores no quisieron trabajar dentro de la Iglesia, es ambigua. Ellos trabajaron dentro de aquella iglesia consistente en los cristianos bautizados. Conservaron las parroquias, y cuando les fué posible, también los sacerdotes. Cuando los obispos pidieron consejo a Lutero para la reforma de la iglesia en la Prusia Oriental, el resultado fué la formación de una iglesia luterana. Un desarrollo similar tuvo lugar en Suecia y en Inglaterra. Los mismos escritores calvinistas frecuentemente admitían que no era indispensable eliminar el episcopado de todas las iglesia que renegaban del papado. Donde "Dios usó a los obispos" para la reforma, escribía Pierre du Moulin en 1658, "se ha conservado el nombre y el rango de obispo". El movimiento protestante revivió en gran parte las antiguas concepciones de los conciliaristas. En el año siguiente a la clausura del inútil V Concilio Lateranense, Martín Lutero, empleando el mismo lenguaje del de Constanza, convocó un Concilio cristiano libre. Repitió su apelación en 1520, y él y sus seguidores reiteraron muchas veces la apelación en años subsiguientes. El protestantismo tomó en todas partes una forma de organización conciliar en oposición a la monárquica. Todos estos hechos significan que los reformadores trabajaron "dentro" de aquella parte de la iglesia que respondió a sus afanes reformistas. Congregaron bajo sus banderas las fuerzas vitales de la tradición.

Cualquier otro tipo de reforma hubiera sido imposible

Algunos dirán: Admitir que hacía falta una reforma no es precisamente lo mismo que admitir que era necesaria la Reforma protestante. La Reforma histórica fué innecesariamente severa y radical. Llegan aún a decir que el remedio fué peor que la enfermedad, tanto se rebelan ante la severidad de aquella. Los que adoptan esta actitud probablemente no han diagnosticado bien la enfermedad. Pero muchos hubieran preferido a la luterana una reforma erasmiana. Erasmo apelaba a la mentalidad académica. Una reforma encabezada por él hubiera sido educativa, amable e iluminada por el ingenio de un gentil humanista. ¿Pero era posible una reforma erasmiana? Erasmo prestó un gran servicio a los reformadores, y ha sido llamado él mismo reformador, no sin motivo. Yo no soy de aquellos que menosprecian la importancia religiosa de Erasmo. Pero él no llegaba al pueblo común, ni como escritor ni como orador. Hablaba en latín, y apelaba a la minoría instruída. Su mensaje sólo podía llegar al pueblo a través de intermediarios, como hasta cierto punto sucedió cuando sus eruditos admiradores, tales como Melanchthon y Zuinglio, se convirtieron en reformadores. Los reformadores protestantes, en cambio, eran hombres que poseían una rara combinación de dones que les capacitaba para dirigir tanto a las personas doctas como al pueblo ignorante. Lo que Erasmo y su círculo hubieran podido aportar a la reforma de la iglesia era demasiado poco, y demasiado tardío, para asegurar una reforma suave y ordenada. Su amigo inglés, Colet, había hecho un esfuerzo —teniendo, como tenía, un real interés por el pueblo, que le llevaba a emplear a veces el idioma vernáculo—, pero en 1517 estaba viejo y enfermo y desalentado por el duro tratamiento que le había infligido su obispo. Tomás Moro habría de mostrar miedo al uso popular de la Biblia, y, finalmente, habría de afirmar con su vida la causa de la unidad papal en Europa, como si el papado no hubiera demostrado suficientemente que era incapaz de promover la unidad. ¿Una reforma erasmiana? ¿Hubiera sido mejor que Juan Wesley se hubiera establecido en 1738 en Oxford,

como profesor de teología, dedicándose a difundir la luz del amor de Dios desde una cátedra y mediante escritos en latín? Hubiera podido hacerlo muy bien. Pero el movimiento metodista se hubiera demorado una generación; y, con razón o sin ella, Wesley sintió la necesidad de proceder sin dilación.

Pero todas estas especulaciones son ociosas. Se puede imaginar toda suerte de reformas distintas, pero la mayoría de ellas eran impracticables en aquellas circunstancias. Indudablemente la Reforma se debió en parte a las personalidades psicológicas de los reformadores, y hubiera sido distinta si ellos hubieran sido otros. Pero en todo caso hubiera exigido adalides poseídos de una profunda convicción y una firme determinación —hombres dispuestos a afrontar riesgos, aun el riesgo de perder la calma y la amabilidad.

En resumen, pues, creo que podemos tener la seguridad de que era necesaria una reforma, y que la histórica Reforma protestante fué casi la única salida posible del pantano. Esto no significa que los reformadores hayan sido siempre buenos y bellos. Pódrían haber hecho una Reforma mejor. Las iglesias protestantes tienen sus pecados y necesitan periódicamente nuevas reformas y nuevos reformadores. El cristianismo está hallando siempre nuevas maneras de renovarse. Sería lastimoso, ciertamente, que estudiáramos la iglesia anterior a la Reforma sólo para justificar esta última. La lección permanente de dicho estudio es el ejemplo admonitorio de lo que puede ser el poder eclesiástico desprovisto del Espíritu. ¡Líbranos, Señor, de tal situación, en todas las iglesias y en todos los tiempos!

Se terminó de imprimir en la Imprenta Metodista, Fragata Sarmiento 1685, Buenos Aires, el 29 de Diciembre de 1945.